

I. A la conquista del norte: misiones y presidios

Defender y poblar las provincias del norte, conocidas como el septentrión, en lo que hoy corresponde a los estados de Arizona, California, Colorado, Nuevo México y Texas fue una empresa tardía de la colonización española en América.

Durante el primer siglo y medio de la conquista, el septentrión fue sucesivamente visitado y ampliamente recorrido por tierra y por mar sin encontrar las Siete Ciudades ni Ciguatán, esa "...isla poblada de mujeres, rica en oro y perlas..." que, decía Miguel León-Portilla, tanto buscaron los españoles.

El septentrión era una región alejada de los espacios y las rutas que potenciaban la riqueza colonial; con una población indígena escasa, desconfiada y beligerante; con pocos productos interesantes: costaba mucho conseguir las afamadas perlas de

Baja California. Exploradores y conquistadores no encontraron suficientes razones para asentarse allí de manera temprana, intensa y sistemática.

La situación comenzó a cambiar en la segunda mitad del siglo XVII cuando franceses e ingleses, entre ellos el conocido pirata Francis Drake, comenzaron a incursionar en la costa atlántica. Atacaban a los barcos españoles que comerciaban perlas y pieles, y establecían relaciones de todo tipo con los indígenas. La situación cambió más aún cuando ingleses y franceses comenzaron a acercarse, por tierra, a las solitarias tierras del septentrión.

Si bien los misioneros franciscanos estaban en el territorio de Nuevo México desde fines del siglo XVI, el establecimiento de un fuerte en La Paz, en 1683, marcó el inicio del asentamiento permanente en la amplia región. La segunda misión se fundó en Monterrey, que era la capital española de ese territorio.

Los misioneros jesuitas primero, y después los franciscanos, promovieron, no sin dificultad, la concentración y la permanencia de los indígenas en las cabeceras de misión para facilitarse la tarea de evangelización. Gracias a ese contacto cercano, los misioneros aprendieron a valorar diferentes aspectos de las culturas y organización social indígenas —la elaboración de productos manuales, sus conocimientos agrícolas— que buscaron estimular y preservar.

El proceso de aculturación alteró sin duda la adaptación de los grupos indígenas en sus espacios naturales, modificó rasgos

culturales y estructuras sociales, pero logró preservar, al menos, la existencia y la identidad indígenas.

La presencia de los jesuitas perduró casi un siglo, hasta su expulsión de todas las posesiones del rey de España en 1767. Así tuvieron que salir de sus misiones de Arizona, Nuevo México, Texas y California. En ese lapso, sólo en California, los jesuitas establecieron 17 misiones y bautizaron a unos 12 mil indígenas. A pesar de todo, lentamente, el septentrión se había ido poblando de haciendas ganaderas, reales de minas, comercios, colonias.

El contacto llevó también enfermedades, como la sífilis, y ocasionó la disminución de la población indígena: de 13 mil almas en 1700 a 6 mil en 1752.

Con la salida de los jesuitas de la región, las misiones pasaron a manos de los franciscanos provenientes del Colegio de San Fernando, en la ciudad de México. Aunque hay que decir también que ellos habían llegado por su cuenta. En 1769 varias expediciones convergieron en la bahía de San Diego, donde fray Junípero Serra inauguró la primera misión franciscana. Desde ese momento y hasta 1823 fray Junípero Serra y sus sucesores fundaron 21 misiones en California situadas a un día de marcha entre una y otra. A su vez, las misiones de Baja California, que estaban bajo su jurisdicción, pasaron a manos de los dominicos, que comenzaron a llegar a las misiones en 1772.

Junto con las misiones solían establecerse los presidios, es decir, defensas contra los indios en pie de guerra que asolaban las

Presentación

Con esta entrega iniciamos la publicación de una serie de fascículos basados en el libro de Jorge Durand y Patricia Arias: *La vida en el norte: Historia e iconografía de la migración México-Estados Unidos*, publicado en 2005 por el Colegio de San Luis y la Universidad de Guadalajara.



poblaciones y contra los europeos que invadían las tierras situadas al norte del río Bravo.

Muchos presidios y misiones se fundaban, abandonaban, volvían a fundarse o cambiaban de lugar. Con todo, gracias al empeño de pobladores, misioneros y soldados, varios asentamientos comenzaron a echar raíces. Así, muchas de las misiones administradas por jesuitas y franciscanos se convirtieron en ranchos, pueblos, gérmenes de ciudades, donde se trabajaba en actividades agrícolas, se criaba ganado, se fabricaban telas y diversos utensilios. En ellas solían vivir también indígenas cristianizados. Pero las misiones ocupaban una ínfima parte de ese enorme territorio.

A mediados del siglo XVIII había tres presidios en la provincia de Texas: Adaes, San Antonio de Béxar —el más próspero— y el de la Bahía del Espíritu Santo. En esos años fueron fundados otros dos: San Xavier (1746) y San Agustín de Ahumada u Orcoquizac (1758). En la segunda mitad del siglo XVIII, misioneros franciscanos y militares abrieron nueva rutas en la costa de la Alta California.

Durante el siglo XVIII, la vida, el gobierno y la administración de presidios y misiones se complicó. La visita a los presidios de 1724-1728, encargada por el virrey Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, puso en evidencia las diferencias que existían entre ellos. Si bien todos ayudaban a contener a los indios en guerra, había fuertes contrastes en cuanto a la disciplina y el cumplimiento de las obligaciones militares.

La visita, que recomendó, entre otras cosas, la reducción de presidios, descubrió lo evidente: la dificultad de la coro-

na española para mantener un control efectivo y eficaz sobre esos territorios enormes y sobre sus escasos pobladores —colonos, misioneros, militares e indígenas, sobre todo apaches, insumisos— que imponían sus propios códigos de conducta y relación.

Las luchas armadas que se sucedieron hasta 1821 con la culminación de la independencia de España, debilitaron aún más las instituciones socioeconómicas, políticas y religiosas del septentrión. En la turbulencia bélica, la comunicación con la ciudad de México se volvió aún más deficiente e insegura, lo que anunciaba, entre otras cosas, el inminente desmantelamiento del sistema de presidios y misiones, que mal que bien había servido para mantener a raya a los temidos apaches y comanches.

La lejanía, el desapego y la incomunicación con el centro del país favorecieron la llegada de los estadounidenses: primero con visitas esporádicas de comerciantes, exploradores y aventureros; más tarde, de colonos. La década de 1830 marca el fin del sistema de misiones y presidios. Las misiones, desvinculadas del centro, habían comenzado a desintegrarse y en 1836 fueron finalmente suprimidas. Los presidios se encontraban en decadencia o abandonados.

En su prolongado y tortuoso paso por el septentrión, exploradores y monjes se encargaron de nombrar y bautizar casi cada lugar por el que pasaron. Así dejaron una geografía plagada de nombres españoles, muchos de los cuales se conservan hasta la actualidad.

